

imbevuto di classiche reminiscenze, innamorato del paganesimo e pur sensibile a tutte le sottili suggestioni della passione cristiana.»

Puede ser. Pero yo de mí sé decir que en las **CANCIONES DEL MOMENTO** no hallo influencia ninguna visible. Escritas día por día, probablemente sin gran esfuerzo, de seguro sin intención de reunir las luego en volumen, estas estrofas son como las palpitations del alma del poeta. Cada una de ellas corresponde, más que á un acontecimiento de la vida real, á un estado de ánimo del cantor. Por eso tienen tanta frescura, tanta variedad y tanto sabor. Por eso no traen á la mente reminiscencias de maestro ninguno. Por eso, en fin, serán lo más durable de la obra marquiniana, tan bella y tan seria en su amplio conjunto poético.

E. Gómez Carrillo



Canciones del momento



Este libro es un áspero esfuerzo hecho para instaurar en poesía las luchas de nuestro tiempo. Casi todas las poesías que contiene son un comentario lírico de sucesos acaecidos. Cuando, por el comentario, el suceso aparece obscuro, el autor procura aclararlo en una nota.



Estrofas votivas



¡Patrias montañas, fragor de la plaza,
piedras de herencia y caminos de sueño,
propicios sedle al que tiene el empeño
de fulminar un canto de raza!

A la quietud de las luengas regiones,
en el sopor secular adormidas,
bajaré yo, con las manos tendidas,
á levantar los caídos pendones.

Són de campana en la enorme distancia,
heraldo bravo á las luces del día,
fatal dictamen á mi poesía,
fermenta en mí la ancestral resonancia.

¡Y moriré como el Fénix de España,
ebrio de fuego ó fogoso de ira,
con ambas manos hundiendo mi lira
en un final resplandor de fazaña!

¡Gente bellaca de gesto muñeco,
generación del Desastre infecunda,
que traes en andas á la moribunda,
la frente baja y el párpado seco;

nietos mezquinos de Juana la Loca,
que paseais un cadáver errante,
sin dar al aire, en el épico instante,
sino el viudo volar de la toca,

¡atrás!... que llegan las nuevas legiones
y hurtan el muerto á los siervos ingratos;
¡atrás quedad, ó los rostros pacatos
os marcarán con los propios blandones!

¡Surja, en la noche, el potente alarido
que junte en una las turbas dispersas!
¡paso al cortejo que barre, atrevido,
polvo de luz, las estrellas adversas!

¡Y un puño aquí que aguante la espada
al modo aquél proverbial entre hispanos!
¡Y un gesto audaz, de unas bárbaras manos,
que en ellas tomen la insignia sagrada!

¡No serviremos el pacto de muerte
que nos injuria la frente, nacida
á la vergüenza á la vez y á la vida!
¡Manos vencidas no fijan la suerte!

¡En una inmensa discordia, volvamos
al punto aquel de la heroica partidal;
¡huérfanos, solos y pobres estamos
ante la roja explosión de la vida!

Que para alguna epopeya sangrienta,
— ¡parias al hambre, que forma esta Liga! —
alza sus puños la España mendiga
en la esquivez de la Europa opulenta.

¡Y está la Ley en el Foro Romano,
común hogar de la gente latina,
para volverse á encarnar, sibilina,
pendiente acaso de un árbitro hispano!

La expectación del prodigio inminente
quietos mantiene á los pueblos en pánico.
¡Un gran desastre, un orgullo satánico:
el brazo sea que mueva á mi gente!

Que, como ayer, en el mar violento,
un Nuevo Mundo ideal se columbra:
¡nietos del Cid, vuestro rastro sangriento
marque el camino en la esquiva penumbra!

¡En marcha, al triunfo, á la vida abundante,
muertos-de-hambre de toda la Iberia;
á hurtar del puño velloso, al Atlante
las encendidas naranjas de Hesperia!

ENVÍO

Sobre tu cuna de tablas antiguas,
que me serán sepultura si miento;
hijo, nacido en las noches ambiguas
de los desastres y del vencimiento,
por estas fiebres que tú me apaciguas,
te he de decir el fatal juramento:

«¡Tú, que te harás con tus manos tu suerte;
tú, que ya recio te plantas, al verte
bajo aquel arco triunfal de la plaza,
maldíceme, si llego á la muerte
sin entonar un canto de raza!»



Á Espronceda,

poeta civil.



En los dolores de la patria enferma,
no solitaria adulación dijiste;
exaltación de las civiles ansias
fueron tus himnos.

Ultimo, acaso, en la progenie excelsa
que tuvo á Horacio y que fundaba Píndaro,
para moverlo á colectivas glorias,
fuiste del pueblo.

Pólvora y sangre conoció tu frente:
más de una vez, en popular tumulto,
dejando el arpa en la inacción, pidieron
armas tus manos.

Casa de todos tus canciones eran;
vino tu canto, que corrió en orgía;
vino que, en noches de dolor, mezclado
fué con tu sangre.

Y, continuando la latina stirpe,
tu capa hidalga consagrada en toga,
como en la Roma consular, tu canto
fué de la plaza!

Fué de la plaza, y porque bien lo fuese,
con hierro y piedra se igualó tu estrofa;
combada en arco, al triunfador abriase
cívica ofrenda;

ó en pedestal, se levantó sobre ella
la del mendigo, secular piltrafa;
ó en anchas tablas, renovó la fiera
ley de tu pueblo!

Tribuna fué para el tribuno gesto
de bronce y mármol cada estancia tuya;
y á sentarse á Senado en tu poema
llamaste al mundo.

Pródigo abrías la sagrada mano
cedida á todos, no vendida á nadie:
la arquitectura espiritual del orbe
daba tu lira;

como en lo antiguo, cuando el padre Orfeo
pulsando el arpa, removió las piedras
y ellas, cediendo al sortilegio, cívica
forma tomaron.

¡Oh, el alto ejemplo y el glorioso mito!
¡Oh, en la estructura musical del verso,
modelar tu semblanza venidera,
ley de justicia!

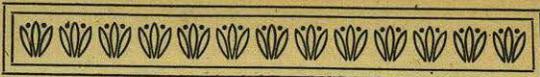
ENVÍO

Padre y maestro, si el seguir tus huellas
es humildad y no osadía, acógeme:
que, como tú, de las civiles cosas
cante mi lira.

Que á lucha nueva el Universo apróntase;
y está una ley para nacer, incólume,
y lo futuro se estremece, encinto
de astros ignotos.

Sangre y estrofas, como chispas, brotan
en el hogar del mundialismo férvido;
¡recoja yo, para volver á darlas,
sangre y estrofas!

Que este imperial fragor de hierros bárbaros,
y esta epopeya de encontradas razas,
y esta civil expectación de auroras
es poesía — y á decirla rompo!



Los Jurados de Barcelona (*)



Irguióse la Ciudad... tendió sus manos
con majestad latina y noblemente
os coronó la frente
de laurel y de roble, ciudadanos.

La escena augusta, augusto monumento
pide al cincel: que, en mármoles labrada,
dará noble argumento
á los futuros la civil jornada.

Por el dolor y por la sangre, armados
en el escudo fiero del Derecho,
el brazo denodados
dais á la ley y á la traición el pecho.

¡Oh, los de ayer, cuando á luchar salían
en guerrero aparato, exaltadores,
gritos, música y flores
de la apiñada turba recibían!

(*) Comenta el momento difícil en que el Tribunal popular en Barcelona vióse llamado á juzgar en la lúgubre causa del terrorismo. Dijose entonces que, miedosos, los jueces populares no acudirían á cumplir con su deber. Por el contrario, ni uno sólo faltó en su sitio de honor.

Y tronaba en las plazas ciudadanas
la multitud, y púrpura y enseñas,
ornaban las ventanas
claras, con la sonrisa de las dueñas.

Y era moción á la final victoria,
en este paso del valor primero,
aquella aura de gloria
para el campeador y el condotiero!

No en vosotros así: traza mezquina
acaso tenga el pueblo que os asiste:
que lo civil reviste
la gravedad opaca de la encina.

Y á vuestra lucha, en el callado asilo
del hogar, en la trágica vigilia
sólo asistió, hilo á hilo
llorando de sus ojos, la familia.

Maldijo con dolor de su fortuna
la esposa joven, y en el duro paso
os fué llevando, acaso,
á aquel rincón de la inocente cuna;

ó el viejo padre, ó la infeliz anciana,
sin otro apoyo ni otro amor que el hijo
— tímida voz humana —
el riesgo cierto, conmovida os dijo.

Que la venganza vuestros techos lares
marcando estaba con su dura maza;
que por vuestros hogares
intrusa, iba arrastrando la amenaza

¡Oh, sentir la ciudad! ¡Oh, en tal instante
cerrar el pecho á todo amor humano,
y esposo y padre, no dudar, delante
de la alta majestad del ciudadano!

Porque Ella, la Ciudad, os requería,
y Ella os es hija y, á la vez, esposa:
y su vida, angustiosa,
en vuestras manos débiles ponía.

No; no tuvisteis, en el trance duro
que el sollozo á los labios acercaba,
aquel paso de honor, con que arrancaba
el paladín del ciudadano muro.

Pero sentisteis, al mirar el susto
de tantos ojos en vosotros fijos,
que estaba el porvenir de vuestros hijos
en el tesón de vuestro gesto augusto.

Y, severo Arcontado, revestidos
de la toga civil, al otro día
la Ciudad os veía
á su propia defensa apercebidos.

¡Oh, que nos falte la alabanza nueva
para el nuevo heroísmo todavía!
— Ahora tú, Canción, lleva
el fácil vuelo á la Ciudad que es mía;

y estremecida en el ejemplo noble
del civil Arcontado,
sobre su frente, á cada juez-jurado
pon un ramo de roble!



Carolina Otero (*)



*Muchos panderos vendemos
que non suenan las sonajas.*

ARCIPRESTE DE HITA

Suena que suena, guitarra; veo una blanca mantilla
reventando de claveles como una reja en Sevilla.
Los crótalos en el aire ponen su estremecimiento:
¡nieve del Norte, un momento
ven á ser blanca mantilla!

Mujer de la raza antigua, cuando tuvieron dominio
las bailadoras de Tharsis en todo imperial triclinio;
¿qué hechizo á beber te dieron en la orgía tus tiranos,
que ya se olvidan tus manos
de que tuvieron dominio?

Alzas á la luz, soberbia, tu manto de pedrerías,
en el abanico de iris, nieve de tu piel destrías;
mas ya tus uñas miniadas en las venas no apacientas,
ni cubre heridas sangrientas
tu manto de pedrerías!

(*) Se refiere al paso de la famosa bailarina por Madrid, hace dos años.

«La España pasó...» En el Norte, grita la gente á tu paso;
y España son tus claveles y España tu piel de raso
y España, en tu tez de oro, tus ojos como puñales
que levantan vendavales
de deseos, á tu paso.

¡Triunfal camino el que hacemos sobre tus hombros desnudos,
los hidalgos que aun tenemos en el portón los escudos
de nuestras viejas conquistas...! ¡Malhaya la hidalga capa
que ya, rasgada, no tapa
ni tus dos hombros desnudos!

Hija de las trenzas negras, blanca y desnuda pantera,
que con tus danzas alegras la larga orgía extranjera:
¡si cuando tus brazos hacen arco triunfal á tu seno,
pudiera correr veneno
de tus ojos de pantera!

¡Si fuera la negra noche de tus bucles de Dalila
paño de sepulcro para cada bárbara pupila!
¡Si el dardo de tus miradas quedara en la carne enhiesto!
¡Si conocieras el gesto
de Judith ó de Dalila!

Pero, no. Recién llegada, te espera, en los patrios lares,
toda tu raza, que cuenta las perlas de tus collares,
y deja, sin preguntarte por tus negras correrías,
que suplan tus pedrerías
la brasa, en los muertos lares.

No hay, en la senda con nieve que ha desolado el invierno,
bajo el gris manto en harapos, épico gesto materno,
que el paso al lugar bendito le cierre á la lugareña,
porque... ¡faltó tanta leña...
y fué tan largo el invierno!...

Pueblo de mendigos, nadie escupe tu diadema.
Y ya se exalta tu raza, místicamente blasfema,
pensando que vienes, carne de condenación, contrita,
á una virgen de una ermita
á llevar tu diadema!

¡Pasa!... ¡Yo diré el primero, en fácil canto sonoro,
qué carabelas de España hoy salen á buscar oro;
qué victorias vas ganando por esa tierra extranjera,
blanca y desnuda guerrera,
yo diré en canto sonoro!

REVOCACIÓN

Madre, vieja madre España, ¡mírala qué compuestical
Desnuda tú la pariste, te vuelve compuesta y rica;
para pedirla algún beso de sus dos labios de sol
alguien, tal vez, allá lejos, haya aprendido español...
Más puede que nuestros sabios y más que nuestras banderas...
Madre, vieja madre España, no extrañarán que la quieras...
Tal vez por ella vivimos, tal vez por ella no mueras.
— Madre, yo salgo á pedirle... y tú haces que no te enteras..



El primero de Mayo



La fecha nueva en el frontón del tiempo
en letras de oro con laurel y encina,
cada año al mundo por venir, las duras
manos señalan.

Enigma ayer para los viejos padres,
grito de guerra en la ciudad dormida,
surgió, mezclando á las sonantes armas
són de caballos.

Llenó las calles y tomó las plazas
el río de hombres en solemne avance;
cauce le fueron sus deseos mismos:
no viejas leyes.

Salió á mirar, con displicente gesto,
alzando el tul del camarín con vidrios,
la damisela, el silencioso paso
de los obreros.

Movió su rostro desdeñoso, haciendo
asco á la nueva procesión de gentes,
el prócer noble, que, en la iglesia, el asta
lleva de palio.

Guardó su gente en los cerrados patios
el militar, y vaciló indeciso;
porque jamás lo sospechó, aquel nuevo
modo de guerra.

La diestra ungida retiró el prelado
traidor á Aquél que, en igual punto, un día
multiplicó, para la hambrienta turba,
panes y peces.!

Y los que tejen, en las cuevas húmedas,
del egoísmo y la ambición, las leyes,
á ver pasar aquella vida en fiebre,
lentos salieron...

De punta á punta, por el mundo vasto,
era, á igual hora, igual temor de todos;
el orden viejo, en las sociales cosas,
se conmovía...

Colmada estaba en el mundial alcázar,
de Norte á Sur, en la diversa copia
de las ciudades, la escogida mesa
del privilegio.

En anchos jarros, que la fuerza un día
hurtara, como Baltasar, del templo,
montón hacían, en redonda holgura,
mórbidos frutos.

Flores de toda latitud colgaban
del techo y muros, y viciosos paños;
ponía el vino, en las ligeras copas,
su oro y su sangre.

Perpetua luz de atardecer satúrnico
se tamizaba en los bordados velos;
á la molicie del festín uníase
la de la tarde.

¡Oh, no faltaba, en el gentil concurso,
afeminado y con los labios grasos,
el bardo indigno, hecho á aguantar su lira
sobre su vientre.

Música oían de embustero halago
los del festín en los sitiales muelles,
y había labios de mujer, lascivos,
que sonreían.

No... , no mudéis con sobresalto el gesto
porque en el muro la leyenda brille
roja, sangrienta, como en otros tiempos,
sobre otra mesa.

No... , no mudéis con sobresalto el gesto,
que éstos que pasan, gente obscura, callan;
y están sin armas y en civil alarde
van silenciosos.

No... , no os alcéis de los sitiales muelles
á contemplar la procesión de oscuros:
no, duquesitas, que estos ojos vuestros
sólo ven astros.

¡Oh, no os dé miedo el desfilar pacífico;
su paso ahoguen, al chocar, las copas!
— Y tú, bufón, bardo de lujo, perro
de damiselas,

renueva el hilo á tu más dulce canto,
y no les digas que el peligro acecha;
que en Jericó, para abatir las torres,
bastó este paso...

Que cuando la hora de Justicia suena,
ni armas, ni luchas, ni matanza importan;
suena el clarín de la razón, fatídico,
¡y Jericó sobre el festín desplómase!



De la epopeya

(En el Centenario).

I

Hila tu rueca, macilenta vieja,
con el galgo á tus pies, en la casona;
y el hambre y los recuerdos amontona
al lánguido vaivén de tu madeja.

El pensamiento perezoso deja
en el hueco dormir de tu corona,
y olvida si te guarda ó te aprisiona
en tus ventanas la mugrienta reja...

Cansada está de aventurar tu raza,
y por los soportales de la plaza
canta, huronea, hace del hampa y roba:

ó se rasca la sarna, hasta el momento
en que suena, en la torre del convento,
el toque enorme de la Sopa Boba.

II

Peluca blanca y casacón bordado:
¡oh danzas de palacio y pastorelas,
y regia veleidad y huecas telas,
que frunce á pliegues el galón dorado!

Máiquez ha sido un héroe en el tablado:
por el jardín hay ronda de vihuelas
y chillan, al huir, las damiselas
por los caminos de ciprés cortado.

El trono está tan cerca de la alcoba,
que á ambos se llega por la misma puerta
y se usan ambos en igual deporte;

y mientras ronda, sanguinaria loba,
Francia en acecho ante la España abierta,
el rey se ciñe su espadín de corte.

III

Empenachados de águilas caudales,
recios, rubios, magníficos, sonoros,
fuertes de hierro y relucientes de oros,
se meten por Madrid los imperiales.

Sale de encrucijadas y portales
el pueblo, á ver los épicos tesoros;
los mamelucos de turbantes moros
levantan unas iras ancestrales;

hay un grito, hay un gesto que condensa
breve, en el aire, la leyenda inmensa
que rebosando está de los hogares;

y, en los linderos del jardín hesperio,
se encabrita la bestia del imperio
con el hierro español en los ijares.

IV

Está el poder, mas no el valor, extinto;
cruje el castillo, pero no se aterra;
el monarca falló, pero se encierra
la majestad del pueblo en su recinto.

Manos de tradición, manos de instinto
al sol levantan el clarín de guerra
y al Imperio entra pánico en la tierra
largamente imperial de Carlos Quinto.

La turba popular en vano espera
una cifra, una idea, una bandera
que tremolar sobre la patria ruina;

y, cuando ve que nadie la acompaña,
á morir por su sangre y por su España
se abalanza al cañón con Agustina.

V

Relumbrante legión de gente oscura
pare, en delirios de epopeya, España;
encinta de héroes arde la montaña
con fuego de leyenda en la espesura.

Gente de apodo al paso se aventura
de la avalancha que amenaza extraña;
y entran con sus harapos en campaña
unos hombres de baja catadura. . .

¡Oh, reservorio nuestro! ¡Oh, gleba! ¡Oh, gleba
que, cuando llega á extenuación la raza,
del fondo de sí misma la renueva!

¡Oh gente del rebaño y de la hogaza! . . .
— Lleváis la audacia eternamente nueva
del Viriato ancestral en vuestra traza.

VI

En sangre tintas vuestras santas manos
antes de sucumbir, haced ofrenda
del vaso intacto de la patria hacienda
á los futuros que os serán hermanos.

Por vosotros, los campos castellanos,
y la montaña y la ancestral vivienda,
y todo el oro y toda la leyenda,
vuelven á ver los ojos cortesanos.

Y cuando el ancho suelo, enardecido
en el caudal de sangre recibido,
con sed de gestación se estremecía,

los que con vuestra muerte se salvaban
en vuestro propio túmulo grababan
— epitaño y sanción — la Tiranía.

VII

¡Oh, queda el vaso, pero está vacío!
Queda el recinto en pie, pero desierto;
el cuerpo dura, pero el alma ha muerto;
lágrimas lleva, no caudal, el río.

¡Pueblo de mi tragedia, pueblo mío!
Tu hogar aun arde, pero no á cubierto;
andando vas, mas por camino incierto;
ancho es tu suelo, pero está baldío.

Manos de tradición que lo guardaron,
si, al morir, vuestras bocas lo besaron,
fiando á su fervor vuestro secreto,

yo, después de cien años, os evoco,
y la orfandad de vuestra patria invoco
para que se alce al sol vuestro esqueleto.

VIII

Oid: clamores son de encarcelados
y gritos de prisión los que os allego;
el pueblo vuestro ó se dispersa ciego,
ó yace con los puños maniatados.

Amargos son los días que, marcados,
ya no salen al sol con nuestro fuego;
secos, porque desdeñan nuestro riego,
mira España sus fastos agotados.